

## Extraño Buenos Aires

---

Mientras encendía un nuevo cigarrillo, Víctor observó el reloj de la oficina en forma insistente, como si esa tarde de Jueves Santo hubiera anhelado provocar que acelerara su marcha. A medida que se acercaba la hora de terminar su jornada laboral, su ansiedad iba aumentando, tentado por la oportunidad que le presentaba ese receso de Semana Santa de 1986. Solamente recordar que esa noche, luego de soportar estoicamente reiteradas negativas, al fin pasaría a buscar a Mariela por su casa, hacía crecer sus expectativas y lo obligaba a revisar, a cada instante, hasta el mínimo detalle de la velada romántica que había imaginado infinidad de veces y que estaba a punto de suceder.

Aprovechando la ausencia de su jefe, Víctor interrumpió su trabajo en la máquina de escribir y, mientras se cebaba unos mates con bizcochitos, se dispuso a preparar su maletín para asegurarse de que no olvidaría, en su apuro, los chocolates “Jack” y juguetes de “He-Man” que había comprado para obsequiar a sus sobrinos y en los que había gastado unos cuantos australes de los que había recibido como anticipo de sueldo.

Al contemplar esa escena, desde el otro escritorio, César expresó con sorna:

—Pero, ¡me extraña, Víctor! Para venir a la marcha contra el Punto Final, decís que no podés y ahora veo que te fuiste a comprar esas propagandas bélicas yanquis para tus pobres sobrinos.

Víctor, acostumbrado a esa clase de comentarios ácidos de su compañero de trabajo, lo tomó con humor.

—¿Qué querés que haga? —Decía Víctor mientras seguía, sonriente, mirando los paquetes— ¡Si mi hermana a la hora de la leche les pone la tele que les da una manija bárbara! Yo, por mí, les regalaba la camiseta de Atlanta, los llevaba a comer al Pumper y listo...

Entre carcajadas, mientras comenzaba a alejarse, César le respondió:

—Dejá, viejo, no sé qué es peor. —César regresó sobre sus pasos para agregar, antes de cerrar la puerta de la oficina— Mejor, dales unas felices Pascuas de mi parte y deciles que yo les voy a mandar un banderín del verdadero campeón...

Minutos después, antes de levantarse de su escritorio para retirarse, Víctor cerró el cajón donde guardaba sus casetes y empezó a apagar todas las luces de la oficina. Al salir al pasillo del edificio, oprimió el botón del ascensor mientras se aseguraba de guardar el resto del dinero del adelanto de sueldo en el bolsillo interior, con cierre, de su maletín negro.

A medida que aguardaba que el elevador lo alejara de su rutina laboral diaria, Víctor recordó que debía pasar en algún momento del fin de semana por la casa de su vecino, quien quería mostrarle el novedoso centro musical con tocadiscos y doble casetera que había adquirido en el exterior.

La aparición de su jefe, surgiendo del ascensor, arrastró hasta la memoria de Víctor el útil consejo de César sobre la conveniencia de irse siempre por las escaleras, en especial cuando uno tenía una cita importante. Tratando de disimular su rabia y de no postergar más su retirada, Víctor esbozó un saludo cordial que recibió una rápida réplica de su jefe:

—¡Ramírez, suerte que lo encuentro! —mientras palmeaba la espalda de Víctor— Tenemos que presentar, el lunes a primerísima hora, un escrito para un cliente e imagínese que yo me quedaría a prepararlo, usted sabe, pero tengo una reunión de negocios impostergable, así que espero contar con su colaboración...

Víctor sentía que la bronca le crecía y que no quería que sus anhelados planes con Mariela quedaran relegados, pero también recordó que su jefe había accedido a anticiparle gran parte del sueldo de ese mes, por lo que trató de no perder más tiempo y, forzando una diplomática sonrisa de compromiso, respondió:

—No se haga problema, Doctor, —dijo Víctor mientras volvía a entrar a la oficina— démelo y vaya tranquilo que yo se lo dejo terminado en su despacho.

El jefe, con su rostro complacido, ingresó junto con Víctor y, sigilosamente, se apropió de un ajado ejemplar de “Tiempo Argentino”. Mientras Víctor intercalaba los carbónicos entre las hojas que colocaría en su máquina de escribir, su jefe, actuando con disimulo, tomaba nota, antes de partir, de alguno de los teléfonos publicados en las últimas páginas del diario.

A medida que el reloj de la oficina avanzaba, Víctor iba completando, entre cigarrillo y cigarrillo, cada uno de los numerosos escritos que tenía que confeccionar, tratando de finalizar sus tareas lo antes posible y pensando, con calma, en que todavía tenía tiempo de sobra para pasar por su casa a tomar una ducha. En sus minuciosos planes para llegar a punto a la cita, incluía cenar algo liviano, vestirse con sus mejores ropas, que había dejado cuidadosamente acondicionadas, y retirar de la heladera la botella que guardaba, desde hacía tiempo, para una ocasión tan especial como la de esa velada a medianoche en casa de Mariela.

Cuando, finalmente, el ruido de la máquina de escribir cesó, Víctor colocó, cuidadosamente, el trabajo terminado sobre el escritorio de su jefe, a la vez que, observando los avisos clasificados del diario que había quedado abierto allí, imaginó el tipo de “reunión de negocios impostergable” en la que su jefe debería estar involucrado en ese momento.

Al traspasar el portón del edificio, Víctor recibió con alivio el fresco aire nocturno de la calle Corrientes y, luego de cerciorarse de que había comprado fichas de subte esa mañana, encaró hacia la entrada de la estación “Carlos Pellegrini” de la línea “B”, deteniéndose un instante a contemplar los novedosos afiches del estreno de la película “El exilio de Gardel”, mientras se imaginaba disfrutándola, acaramelado, junto a Mariela.

Una vez traspasados los molinetes, Víctor contemplaba el reloj de la estación para asegurarse de que todavía circulaba el subterráneo a esas horas de la noche, cuando le pareció escuchar el sonido del silbato del conductor. Apurado, descendió las escaleras a los saltos, para llegar un instante después de que se cerraran las puertas de los vagones que ya empezaban a alejarse de su vista.

Frustrado, Víctor se quedó unos instantes maldiciendo su suerte por haber perdido el último subte de la noche y pensando que, con la demora que le iba a significar el regreso en colectivo, iba a tener que tomar un taxi desde su casa hasta la de Mariela si quería evitar llegar con retraso. Cuando giró para regresar a la escalera, observó que tres muchachos llamativamente rapados venían caminando, por el andén, directo hacia donde se encontraba él.

Víctor aferró el maletín con mayor fuerza y miró hacia todos lados, buscando en vano la presencia tranquilizadora de alguna otra persona. Con creciente temor, comprobó que se encontraba casi al final del andén y que, para alcanzar la escalera, era imprescindible pasar por el medio de los extraños, a quienes tenía cada vez más cerca.

Aunque Víctor intentó ser optimista pensando en que solamente le harían una consulta y se marcharían, cuando el mayor de los muchachos extrajo un cuchillo de su campera de cuero, no tuvo la menor duda acerca de las intenciones que tenían. Sintiendo como el miedo procuraba paralizarlo, pensó rápido en los regalos y el dinero que traía en su maletín, fundamental para su velada soñada, y que no estaba dispuesto a entregar.

Decidido, pero consciente del escaso éxito de su plan, emprendió una carrera arremetida tratando de esquivar a los muchachos, quienes, de un brusco empujón, lo hicieron retroceder, acorralándolo lentamente contra el fondo del andén. Desesperado al ver el reflejo de la navaja acercarse a su cuello, Víctor, tambaleante, esquivó el ataque, quedando con un pie en el borde del andén, mientras hacía equilibrio para no caer a las vías. Al ver la oportunidad, uno de los ladrones intentó aprovechar la ocasión para arrebatarle el maletín. Luego de un breve forcejeo, Víctor logró retenerlo, pero, en su impulso, cayó del andén.

Mientras trataba de incorporarse con dificultad, Víctor creyó escuchar, entre insultos, un sonido similar al de un arma al martillar. Eso lo lanzó a correr, zigzagueante y con todas sus

fuerzas, hacia el oscuro interior del túnel, preparándose para experimentar en su cuerpo la desconocida sensación de recibir un balazo.

En su desafortunada carrera, Víctor no se animaba a mirar hacia atrás por temor a tropezarse en la penumbra y ser presa fácil de sus agresores. Tampoco se permitía dudar en su marcha, por lo tanto doblaba por cada túnel que se le presentaba, prefiriendo los más estrechos y oscuros para que dificultaran su ubicación.

Luego de varios minutos de loca carrera, sintió que tanto sus piernas como su corazón comenzaban a flaquear. Eligió un estrecho pasadizo que surgía frente a sus ojos, entre la espesa oscuridad que todo lo envolvía. Desde allí, trató de acallar su agitación, para no delatarse, mientras se abrazaba al maletín y se tocaba el cuerpo para verificar si presentaba alguna herida.

Poco a poco, comenzó a tomar conciencia de que no se encontraba muy lastimado, y de que la sangre que tenía en su camisa era de un raspón producto de la caída y no aparentaba presentar gravedad alguna. Le aterraba la idea de llegar a su soñada cita con una cicatriz en su rostro. A medida que vio que pasaban los minutos y que no había señales de sus atacantes, fue recuperando lentamente la calma, tratando de serenarse y de pensar la mejor forma de salir de allí y regresar a la calle lo antes posible.

Luego de sentir que su energía se iba recuperando paulatinamente, Víctor se percató de que estaba rodeado de cables de alta tensión y de que, si no se manejaba con extrema prudencia, podía resultar electrocutado ante el menor descuido. Un instante después, aguzó su oído al máximo, intentando descifrar el significado de un extraño sonido que escuchaba a lo lejos.

Víctor, aún presa del temor, ni siquiera consideraba la posibilidad de intentar desandar el camino realizado y volver a toparse con sus perseguidores, por lo que procuraría explorar los túneles, tratando de hallar una salida que lo rescatara de esa pesadilla y lo devolviera a sus planes originales.

Una insistente gotera, que hizo blanco sobre su nuca, lo estimuló a moverse y abandonar el refugio seguro. Con cautela, Víctor dio un paso hacia delante, dudando entre aferrarse a la pared poblada de cables y cañerías, y enfocar su atención en no tropezar con la infinidad de hierros y maderas que sembraban el suelo de ese húmedo pasadizo.

A medida que tomaba confianza, Víctor iba recuperando su sentido del equilibrio y esquivaba, sin mayores dificultades, los numerosos obstáculos que se le presentaban. Luego de vagar por varios corredores que asomaban en su errante recorrido y de realizar algunos descansos obligados para recobrar, aunque más no fuera parcialmente, del esfuerzo físico y mental efectuado, Víctor arribó, con sorpresa, a lo que parecía ser un amplio túnel cuya luz, casi mortecina, captó su atención inmediatamente.

Decidido, se introdujo en él y, pocos metros más adelante, al trastabillar, intentó agarrarse del rugoso muro, chocando sus temblorosos dedos con lo que parecían ser restos de una placa recubierta por el paso del tiempo. Su enorme curiosidad frenó su empuje y lo hizo frotar con su mano la polvorienta superficie para descubrir que tenía grabada una inscripción en el frente. Presuroso, encendió un fósforo que extrajo del bolsillo de su pantalón y acercó su rostro a la leyenda que rezaba: *“Junio de 1937. En memoria de los obreros fallecidos. Obra Tribunales-Catedral”*. Víctor observó, antes de que la pequeña llama se extinguiera, que el cartel llevaba la firma del personal de la empresa Compañía de Tranvías Anglo-Argentina. Pese al escalofrío que le recorrió la espalda al pensar en la cantidad de vidas que habían hallado sepultura ahí mismo donde él se encontraba, la placa lo convenció de que estaba en buen camino, ya que, sin darse cuenta, había realizado una especie de combinación entre distintos ramales del subterráneo.

Unos instantes después de doblar la curva propia del camino, Víctor confirmó su hipótesis al comprobar un pronunciado cambio en el paisaje y al observar los carteles que le señalaban que se encontraba en la estación “Catedral” de la línea “D”. Avanzó pleno de esperanzas y excitación por la proximidad inminente de una salida al mundo exterior. Una vez que se percató de que la estación se hallaba totalmente desierta y de que no entrañaba riesgos aparentes, se

aproximó con confianza a la escalerilla que, adosada a una pared del túnel, le permitía subir al andén.

Una vez incorporado en la plataforma de la estación, aprovechó la escasa iluminación que regalaba, desde lo lejos, un solitario y desgastado tubo fluorescente, para acomodar sus ropas y apariencia de cara al, cada vez más cercano, encuentro con el resto de la gente que, según creía, transitaría por la superficie. Si bien Víctor no usaba reloj, suponía que toda su odisea había durado alrededor de un par de horas y que todavía podía cruzarse con muchas personas y no quería que lo señalaran por su aspecto. Además ya había descartado totalmente la idea de pasar por su casa y decidió que, en cuanto se encontrara en la calle, se subiría al primer taxi que se cruzara en su camino para llegar lo antes posible a la casa de Mariela.

Con ansiedad y dispuesto a no resignar más tiempo, se dirigió, acariciando la fría suavidad de los familiares azulejos verdosos de la pared del andén, a la primera escalera de salida, para comprobar con fastidio que se encontraba totalmente cerrada con rejas y una gruesa cadena con candado. Luego de pegarle unos cuantos puntapiés, llenos de rabia, a todos los enrejados que fueron apareciendo y que bloqueaban cada una de las salidas, Víctor sintió un terrible dolor en su pie derecho, que mostraba la punta de su zapato prácticamente destruido. Olvidando su herida y de la mano de la desesperación, lanzó un grito, al principio calmo pero que fue tornándose lastimoso al no obtener ninguna respuesta.

Por momentos, le parecía increíble que horas atrás se encontraba seguro y tranquilo en la oficina, saboreando un cigarrillo, planeando sus actividades, charlando entre mates con César, soñando con su anhelada cita, sin considerar, jamás, que acabaría pasando la medianoche atrapado en una estación de subte. Víctor no quería, por nada del mundo, resignarse a perder su oportunidad con Mariela. Se torturaba pensando en que, seguramente, a esa hora, ella se encontraría aguardándolo, hermosa, como cada vez que la veía dejar su estela de sensualidad por las calles de Villa Crespo. Ese sentimiento de profunda desazón le distrajo de la dolencia en su pie y lo intimó a tratar de evaluar, con el mayor juicio y lucidez posibles, las distintas alternativas que se le presentaban.

Víctor cerró los ojos con fuerza, asumiendo que, si permanecía en la estación, esperando a que en la mañana siguiente abrieran las salidas, se condenaría a olvidarse de conseguir otra ocasión como la de esa noche. Por lo tanto, se decidió a lograr escapar hacia la superficie a cualquier costo. Razonó que, para alcanzar su objetivo, debía abandonar la estación y tratar de ubicar, entre los túneles, alguna salida de emergencia propia de la construcción. Si eso implicaba la obligación de volver a sumergirse en la húmeda oscuridad de ese laberinto subterráneo, estaba dispuesto a correr el riesgo.

Sin perder un solo instante más, Víctor retomó su marcha, tratando de moverse con agilidad, pero evitando recargar el peso de su cuerpo sobre el pie dolorido. Minutos más tarde, cuando apenas percibía la cada vez más lejana luz de la estación "Catedral" que quedaba a sus espaldas, se hundió en un nuevo túnel que surgió a su derecha. Olvidando los recaudos acerca de los cables de alta tensión, Víctor iba tanteando las paredes tratando de encontrar alguna escalera que le permitiera ubicar alguna vía de escape.

Deambuló un largo rato por túneles cada vez más estrechos y nauseabundos, donde la arcilla de las paredes parecía deshacerse a su paso, dudando, en los momentos en que crecía su desconcierto, sobre la alternativa de volver hacia el refugio seguro de la estación. Extenuado y sediento por la larga e infructuosa caminata, enganchó el maletín a su cinturón para no tener que cargarlo y tener ambas manos libres. Segundos después, se apoyó contra una sinuosa y húmeda pared con el fin de recobrar energías. Sus ojos se cerraron unos instantes, fruto de la decepción que lo envolvía, pero, rápidamente, sus sentidos lo alarmaron al percibir un extraño murmullo, que recordaba haber oído anteriormente. Ese desconocido y llamativo sonido iba aumentando su intensidad, como si se aproximara vertiginosamente hacia donde Víctor se encontraba.

Cuando descifró, en el medio de la oscuridad, que la causa de lo que escuchaba eran las decenas de pequeños ojos brillantes que transitaban veloces por las cañerías de las paredes, directo hacia él, se incorporó de un salto y comenzó a correr despavorido, introduciéndose hacia la derecha en un estrecho conducto, donde sus pies se empantanaron en el blando suelo que se encontraba cubierto de barro y que parecía disolverse bajo sus zapatos. Víctor, mientras intentaba correr en el fango, miró hacia atrás para confirmar que los roedores habían seguido por el túnel principal. No había llegado a darse vuelta, aliviado, cuando el piso comenzó a desmoronarse, arrastrando a Víctor en un gran tobogán de tierra. Su cuerpo rodaba en la caída, mientras su mente se convencía de que su fin había llegado.

Cuando Víctor recuperó el conocimiento, no podía precisar cuánto tiempo había transcurrido en ese estado que comenzaba a abandonar, pero sí se dio cuenta de que su cuerpo ya no estaba desplazándose y de que se encontraba inmerso en la más absoluta y silenciosa oscuridad. Su mente, temiendo lo peor, intentó ordenarles a sus ojos que se abrieran, pero era tal la confusión que lo dominaba, que nada en él le obedecía. Poco a poco, el dolor le trajo la buena noticia de que su cuerpo aún se encontraba sensible e instintivamente lo comprobó moviendo sus piernas, con lentitud temerosa. Al estirar sus brazos, el roce del maletín sobre su dolorida piel logró sobresaltarlos, ayudándolo a incorporarse de un brinco.

Intrigado por su paradero incierto, hurgó, laboriosamente, en sus bolsillos para ubicar la preciada caja de cerillas. Al encender el primer fósforo, un alarido desgarrador brotó de su garganta apagando la pequeña llama. Si su vista no le había gastado una broma macabra, estaba rodeado de huesos humanos en lo que parecía ser una arcaica celda. Aterrado, Víctor intentó, en vano, iluminar nuevamente, pero solo provocó, con sus temblorosas manos, que se cayeran varios fósforos al suelo. Tanteando, a ciegas, mientras aferraba la caja con extrema fuerza, logró rescatar una cerilla que encendió inmediatamente, para confirmar su horrenda hipótesis.

Intentando abstraerse del pavoroso cuadro que lo asediaba, Víctor se abalanzó sobre algo que se encontraba enganchado a una de las paredes de piedra y que parecía ser un candelabro. Pensando en que las dos velas que había hallado en él debían durarle el mayor tiempo posible, encendió una sola de ellas, cerciorándose de que todavía le quedaban algunas cerillas. Una vez que sintió que tenía asegurado, por lo menos momentáneamente, no volver a la temible penumbra, Víctor se dedicó a investigar a su alrededor.

Superado el espanto inicial que le producía ver esos restos humanos apilados en un rincón, Víctor especuló con que se hallaba en una especie de antiguo calabozo, debido a la presencia de cadenas y grilletes que se encontraban empotradas a las piedras de los muros. Levantando el candelabro, adivinó, en el alto techo, el hueco por el cual había caído y que ahora se tornaba inaccesible. Revisó las piedras con detenimiento, y encontró algunas leyendas talladas en una lengua incomprensible, que supuso latín, y un pequeño trozo de tela que parecía ser una parte de un viejo mapa y que, debido a su deterioro, solamente permitía leer fragmentos de inscripciones como "Ignacio" ó "tiempo", que Víctor no lograba descifrar. Desorientado, guardó la tela en su bolsillo y dedicó un buen rato a tratar de mover las piedras o de escalarlas, con escaso éxito, por lo que abandonó rápidamente sus infructuosos intentos.

Agitado y furioso, arrojó con violencia el maletín contra uno de los muros, maldiciendo su suerte y deseando, entre sollozos, volver a su casa, pasear con sus sobrinos o estar junto a Mariela alguna vez, mientras pensaba que, para entonces, ella se encontraría desconcertada y ofendida por su injustificada ausencia. Un ruido que surgió de su estómago le avisó que llevaba varias horas, no podía precisar cuántas, sin comer y que el hambre tampoco era un buen aliado en esos casos. Recordó los chocolates que había en su maletín y con desesperación se arrojó sobre ellos, arrancando el envoltorio con fruición y devorándolos en pocos minutos, mientras el terror a la sed, que comenzaba a asomar amenazante, lo hizo desistir de consumir las dos últimas golosinas que quedaban.

Con melancolía, Víctor pensaba lo inútiles que eran, finalmente, las pertenencias que llevaba y que con tanto ahínco había defendido. Irónicamente, observaba el dinero desparramado en su maletín, mientras, por primera vez, entendía claramente su relativa importancia. Entre tanto, en el piso quedaban, inertes y abandonados, los diminutos juguetes que, al igual que Víctor, no habían imaginado ese lúgubre destino.

Al levantar la vista del suelo, observó que uno de los muros parecía tener una piedra que sobresalía llamativamente del resto. Se incorporó con toda la agilidad que le permitía su cuerpo dolorido y con ambas manos empujó, lentamente, esa roca hasta alinearla con las demás. En ese momento, un brusco temblor se produjo a sus espaldas y Víctor, pasmado, contempló como, brevemente, se deslizaba uno de los muros, formando una estrecha abertura vertical. Sin dudarle ni un instante, Víctor se arrojó, con el candelabro en su mano, hasta esa grieta, colocando su cuerpo de perfil y, mientras contenía la respiración con su rostro pegado a la arcilla de la pared, angustiosamente, logró deslizarse hasta atravesarla por completo.

Una vez que estuvo del otro lado del muro, y cuando este se había cerrado clausurando cualquier alternativa de regreso, se percató de que había dejado el maletín olvidado e irrecuperable. Cuando comenzaba a reprocharse su torpeza, Víctor descubrió, azorado, que se encontraba en una sala que poseía unas piedras apiladas que formaban un primitivo escritorio, donde yacía, abierto de par en par, un inmenso libro cubierto de polvo. Presuroso en la búsqueda de alguna pista que le ayudara a escapar, se abalanzó sobre el antiguo texto y observó que sus amarillentas y quebradizas hojas parecían estar repletas de anotaciones clasificadas en diversas columnas. En estas figuraban nombres tales como “Álvaro de Mendoza” o “Felipe Logroño”, con anotaciones al margen, casi ilegibles por el paso del tiempo, que Víctor interpretó como “Contrabando”, “Esclavo”, “Hereje”, algo que aparentaba ser un número de calabozo asignado y otras inscripciones que no logró descifrar. En el último renglón de la hoja, figuraba una llamativa firma en la que se podía leer “Padre Jesuita Krauss – Fuerte de Santa María del Buen Ayre - MDCLXI”.

Súbitamente, Víctor comprendió que había caído a unos túneles cuya antigüedad se medía en siglos. Ese hallazgo lo aterraba y lo fascinaba a la vez. Al intentar dar vuelta la página, el antiguo papel parecía desintegrarse entre los dedos de Víctor, quien, intuyendo que el resto del libro continuaba detallando los datos de quienes tuvieron la desdicha de acabar en el calabozo, optó por dejarlo, cuidadosamente, del mismo modo en que lo había encontrado, tratando de que su presencia no osara alterar, en lo más mínimo, esa huella subterránea.

Su garganta áspera y seca lo empujó a colocar su boca contra uno de los muros por el cual caía un hilo de agua casi invisible, mientras el dolor de su pie se convertía en costumbre. Jamás Víctor hubiera imaginado que, debajo de las calles que solía transitar habitualmente, existiera esa clase de asombrosos laberintos de los cuales aún desconocía qué tipo de sorpresa le podían deparar. Mientras observaba a su alrededor, iluminando los muros con el candelabro, descubrió un grabado en la pared que le resultó familiar. Inmediatamente, extrajo el retazo de tela que había hallado y lo comparó con la inscripción del muro, notando que se complementaban perfectamente, formando una gran cruz entre ambos. En el acto, Víctor comprendió que algo valioso se escondía o había existido en esos túneles que figuraban en el grabado de la pared con el nombre de “San Ignacio” y que según lo que se desprendía del mapa, conducirían a unos “discos del tiempo” que parecían encontrarse en una ubicación no muy lejana.

La humedad que atacaba sus pulmones y el frío que penetraba en sus huesos le recordaron la urgencia de encontrar una salida al exterior y, una vez a salvo, dejar sus hallazgos en manos de arqueólogos especialistas. Dispuesto a recuperar el tiempo perdido, avanzó con decisión, esquivando antiguas vasijas partidas, hacia una abertura en uno de los muros que parecía ser la entrada a un prolongado pasillo estrecho. A medida que Víctor se internaba, con muchas dificultades, comenzó a pensar que, si su mente no lo engañaba, al final del pasadizo debería toparse con la marca señalada en el plano, que lo atraía y a su vez acrecentaba sus esperanzas de hallar una forma de regresar a la superficie. Mientras, hipnotizado y casi desfalleciente, trataba

de no perder de vista su anhelado objetivo, se reprochaba, entre sollozos, no haber permanecido paciente en la estación cerrada, donde, a esa altura, solamente le faltarían unas pocas horas para regresar a su mundo habitual, en el que podría volver a ver el rostro de Mariela y de sus seres queridos.

Pese a que, por momentos, parecía que su rumbo era errático y que sus fuerzas estaban a punto de abandonarlo, Víctor alcanzó a notar que, a cada paso que daba, su corazón latía con más intensidad. Poco a poco, sus ojos comenzaron a encandilarse, como si se toparan con un súbito resplandor y, así, casi cegado, penetró en una pequeña recámara donde, al ingresar, se quedó petrificado al observar, en el muro que se erigía frente a él, la presencia de tres enormes discos circulares de piedra, superpuestos de mayor a menor, con dibujos grabados en sus superficies y con un único eje en su centro.

Víctor se acercó tímidamente hacia su fascinante hallazgo. Iluminó con su candelabro la superficie que quedaba visible de cada uno de los discos de piedra, tratando de descifrar los extraños dibujos que presentaban. Con admiración, comprobó que el disco más grande de todos, el que se encontraba amurado a la pared, contenía cuatro dibujos equidistantes entre sí. En su extremo superior había un extraño símbolo formado por un triángulo, que se le figuraba equilátero, con un ojo abierto en su interior. Siguiendo con la vista el recorrido de unas hipotéticas agujas de reloj, el segundo grabado representaba un bello crucifijo. En el centro del extremo inferior de ese primer disco, Víctor observó con curiosidad la figura de una especie de ocho horizontal que acarició con sus dedos trémulos. El último diseño tallado en el primer disco semejaba un perfecto corazón.

Luego, Víctor se concentró en el disco que ocupaba la posición y el tamaño intermedio, y pudo notar que en su superficie visible se encontraban cuatro figuras, también equidistantes, que simbolizaban un redondo sol, una estrella de cinco puntas, una luna en cuarto creciente y una exacta figura humana. Por último, el disco más pequeño y sobresaliente, expresaba un único dibujo que ocupaba toda su superficie y que representaba una mano abierta. Encantado por su misterioso descubrimiento, Víctor observaba una y otra vez los extraños signos, tratando de hallarles algún tipo de relación o significado oculto.

Minutos después, Víctor, agotado, se encontraba a punto de desistir en su afán de comprensión. Pero, al querer acercarse tratando de buscar alguna pista, trastabilló con torpeza, aferrándose con sus manos al disco intermedio, el cual, para su sorpresa, comenzó a girar lentamente en el sentido de las agujas del reloj. Cuando Víctor se repuso de su confusión, notó que los dibujos ya no se encontraban alineados en la posición original y se dio cuenta de que, si utilizaba ambas manos, podía rodar cualquiera de los discos, disponiendo cualquier combinación entre los distintos símbolos grabados.

Luego de varios momentos de desconcierto ante las distintas composiciones que lograba, Víctor abandonó la idea de continuar girando los discos y, extenuado, apoyó su mano derecha, sin darse cuenta, en medio del pequeño disco central, justo encima de la mano tallada en su interior. En el acto, una intensa oleada de temblores sacudió todo su cuerpo, arrojándolo violentamente hacia atrás. Cuando Víctor abrió nuevamente sus ojos, observó incrédulo que frente al muro que contenía los discos, había surgido una enorme escalera vertical de antiguos barrotes de hierro, cuyo final escapaba del alcance de su vista.

Desesperado, se incorporó con agilidad, comenzando a ascender con tanta ansiedad que temía resbalar o que el corazón escapara de su pecho. Varios minutos después, cuando Víctor enloquecía pensando que se encontraba preso de una broma del infinito, atrapado en un camino eterno, sus alterados sentidos arrastraron, hasta el torbellino de su mente, sonidos que parecían voces humanas. Aunque su angustia era aliada de la incertidumbre de no saber cuánto tiempo había permanecido bajo la superficie, ya no le importaban su aspecto sucio y sus ropas harapientas. Víctor solamente anhelaba terminar de trepar los pocos escalones que le faltaban

para escapar de esa pesadilla, mientras un bombardeo de imágenes donde se mezclaban sus sobrinos, Mariela, su hermana, César y hasta su jefe, casi le hicieron perder el equilibrio dejándolo al borde de una caída fatal.

Repentinamente, Víctor sintió como sus fuerzas se multiplicaban y, logrando aferrarse nuevamente con ambas manos, aprovechó el empujón para continuar subiendo con firmeza hasta topar su cabeza contra lo que parecía ser una pesada tapa metálica, donde finalizaban los escalones. Enganchó sus piernas entre los últimos barrotes de la escalera y, esforzándose, logró desplazar, lentamente, la última barrera que le restaba franquear...

Un rayo de sol impiadoso, golpeó el rostro de Víctor cegando su vista ya desacostumbrada a la claridad. Un incesante cúmulo de sonidos, voces y ulular de sirenas, atormentaron sus tímpanos, aturdiéndolo. El estrepitoso ruido de un motor a toda marcha que venía directo hacia él lo obligó a retroceder, colocando su cuerpo a salvo al hundirse en el hueco del cual había brotado. Segundos después, con lentitud pero con sus sentidos en máxima alerta, Víctor asomó nuevamente su cabeza tratando de aprovechar la oportunidad para terminar de emerger, impulsado por sus manos, por completo a la superficie del asfalto.

Pese a que se encontraba a plena luz del día, su recientemente entrenado instinto de supervivencia le recomendó refugiarse detrás de un paredón cercano hasta estar seguro de en qué barrio se encontraba. Cuando pudo aquietar su excitación, se tomó un respiro para observar en derredor. Lo primero que captó su atención fue un cartel con una enorme letra "m" dorada, como dos arcos contiguos, sobre fondo rojo, que nunca antes había visto, colocado en un imponente edificio que se erguía al costado de una iglesia prácticamente en ruinas. Pero lo que más lo desconcertaba era la primera impresión que tuvo del paisaje, que le devolvía una zona de Buenos Aires desconocida para él y muy diferente de las que habitualmente recorría. Ante sus ojos, la ciudad se le aparecía tan futurista como desoladora y apocalíptica.

El sonido de un automóvil aproximándose raudo lo hizo girar bruscamente, contemplando absorto como una maquinaria plateada transitaba veloz casi sin tocar el asfalto de la avenida. Mientras forzaba a su memoria a recordar si había leído algo en las revistas sobre un nuevo modelo de automóvil tan moderno, el ruido de sirenas alertó sus sentidos. Víctor analizó, a su alrededor, el abismal contraste que reinaba entre viejos locales abandonados con los vidrios rotos o con las persianas bajas y enormes centros comerciales de acero y cristal polarizado, con numerosos ascensores externos transparentes.

Desconcertado, con la sensación de ser un extraño en su propia tierra, buscó con su vista un cartel que le indicara el nombre de la calle en la que se encontraba, para tratar de hilvanar el camino de regreso a su hogar, donde podría serenarse y tratar de retomar su rutina de vida. Casi oculto por las enormes hojas de palmeras que poblaban las veredas, halló el nombre de la "Avenida Halloween" y le pareció totalmente desconocido. Por lo tanto, emprendió su marcha lentamente rumbo al sur, abriendo los pocos botones que quedaban en su destruida camisa debido al intenso calor que caía del sol extrañamente anaranjado que reinaba sobre el plomizo gris del cielo.

Apenas unos pasos después, un papel en el piso despertó su curiosidad. Cuando Víctor se agachó a recogerlo, una ola de estupor lo sacudió. Era una portada del diario "*Buenos Aires Times*" del 14 de abril de 2086 y en su primera plana titulaba "*Patagon lanza ultimátum a nuestro país*". Desesperado comenzó a leer la noticia que narraba que "*el honorable presidente de Patagon, Mr. Ted Turner Jr., en su discurso a los pobladores de New Bariloche City, ha expresado su advertencia al gobierno argentino para que no demore la autorización a albergar una cuarta base militar anglo-norteamericana en el noroeste de la Argentina.*" Aterrado, Víctor comenzó a comprender que algo terrible e inexplicable había ocurrido mientras él se encontraba bajo tierra.

El vuelo rasante de una escuadra de fulminantes aviones lo empujó a correr varias cuadras, asustado y confundido, deteniéndose al doblar una esquina en una multitudinaria hilera de gente que aguardaban en la puerta de un galpón abandonado bajo un cartel destruido del que solo quedaban unas pocas letras en pie donde se podía observar “Ce o Cul al San M tín”. Su presencia no llamó la atención de los demás, ya que todos los presentes, miles de hombres y mujeres, se encontraban tan harapientos y demacrados como él y solo fijaban su concentración en lo que expresaba un hombre en el frente, quien, mediante un oxidado megáfono, vociferaba que la cotización del alquiler de úteros había descendido ese día. Mientras tanto, desde torres colocadas estratégicamente en las esquinas, guardias fuertemente armados y modernas cámaras digitales vigilaban el orden de la fila, mientras emitían marciales ritmos de sintetizadores que semejabán frases en inglés repetidas en forma indefinida.

Aturdido, Víctor se tapó sus oídos con ambas manos, mientras apretaba sus ojos con fuerza, tratando de escapar de la pesadilla en la que se encontraba inmerso. Todas sus expectativas por salir a la superficie se desmoronaban vertiginosamente, ya que tenía la certeza de que se encontraba absolutamente solo, sabiendo que ni sus seres queridos ni Mariela estarían aún con vida, y en un futuro nefasto sin lograr comprender como había llegado hasta allí. Lejos había quedado el Buenos Aires que él conocía, sus avenidas, su identidad, su colorido y, sobre todo, su gente. Un robot con la gran “m” dorada en el pecho, que patrullaba la calle donde el se encontraba, pareció detectar su presencia e intentar identificarlo. Para evitar más sorpresas desagradables, Víctor se alejó, mientras, tratando de pasar desapercibido, imitaba el andar desalentado y cabizbajo de las personas que había visto.

Al llegar a la esquina, se encontró frente a uno de los grandes centros comerciales y pensó que podía ser un lugar adecuado para pasar inadvertido entre la multitud. Acomodó sus ropas lo mejor que pudo, pero pocos segundos después, al intentar traspasar las puertas automáticas de acceso, sonó una alarma que advirtió que la gente de su clase social no poseía acceso autorizado para ingresar. Antes de que se cerraran las puertas en sus narices y que los guardias robots lo tuvieran a su alcance, Víctor llegó a observar que en los brillantes y amplios corredores electrónicos tan solo paseaban unos escasos visitantes, todos ellos llamativamente obesos pero lujosamente ataviados.

Decidido a no correr riesgos innecesarios, y temeroso del castigo que podría recibir esa clase de falta en esa sociedad, huyó rápidamente introduciéndose en el primer local en ruinas que encontró al doblar la calle. Una vez en su interior, comprobó que había sido una vieja librería y que aún quedaban ejemplares desparramados entre sus toneladas de escombros. Con la esperanza de encontrar alguna explicación al infierno que estaba experimentando, Víctor hojeó varios libros con títulos tan dispares como “*Cómo festejar San Valentín en clima tropical*”, “*Decreto de Control de Natalidad*”, “*Clonación a su alcance*”. Pero hubo uno que, parecía haberse resistido a las llamas, que captó su atención inmediatamente. Bajo una portada ennegrecida por el fuego, Víctor adivinó la leyenda “*Historia Argentina Siglo XXI*”.

Entre las hojas que se habían salvado de ser quemadas, Víctor se enteró del deterioro progresivo que había sufrido la Argentina durante su época reciente. El historiador precisaba que la llegada del año 2000 había encontrado a buena parte de la población sumida en la pobreza y al resto en una actitud que oscilaba entre la indiferencia cómplice o la pasividad temerosa manifiesta. Contaba el libro cómo la sociedad no había reaccionado a cada derecho suprimido por los distintos gobiernos que se sucedieron, donde se habían alternado corruptos e incompetentes. Ni siquiera habían opuesto una fuerte resistencia organizada cuando los extranjeros que predominaban en la rica región patagónica habían decidido separarse del país con el fin de acaparar sus enormes reservas de agua y petróleo. A Víctor no le hizo falta leer más para darse cuenta de que nada era casualidad, sino que se encontraba frente al fiel reflejo de las consecuencias de años y años de decadencia económica y cultural progresiva, por acción y omisión.

Al cerrar el libro entre lágrimas, un símbolo grabado en relieve en la contratapa que reflejaba con exactitud los discos que él había hallado en los túneles, lo estremeció con ímpetu

empujándolo a tomar una decisión que, apenas unas horas atrás, jamás hubiera imaginado. Sin perder un segundo más y aferrado a su idea como única esperanza, emprendió una loca carrera hacia la boca del túnel desde el cual había emergido, intentando desandar las calles recorridas, sin extraviarse en ese laberinto de calamidades. Cuando Víctor dobló hacia la avenida, esquivando guardias con disimulo, pudo vislumbrar la pesada tapa metálica que ocultaba la entrada al mundo subterráneo al que nunca hubiese deseado regresar...

Sus sentidos se acomodaron nuevamente a la inhóspita penumbra. Pronto, Víctor estaba frente a los discos de piedra, mientras imploraba a su extenuada mente, suplicando, de rodillas y con sus ojos apretados, que recordara la posición original de los mismos. En una sucesión repentina de imágenes que se proyectaba en su interior, Víctor percibió el rostro de sus seres queridos, la sonrisa de Mariela, la Buenos Aires a la que anhelaba regresar y, entre todo ese vértigo imparabile, se intercaló la réplica de la combinación de los discos a la que debía retornar.

Una vez girados en el sentido contrario a las agujas del reloj y ubicados tal cual imaginó recordarlos, acercó sus dedos temblorosos pensando, confiado, en que cualquier escenario anterior donde pudiera emerger iba a ser menos escalofriante que en el que se encontraba en ese momento. Cuando su mano hizo contacto con la réplica grabada en el disco central, un suave temblor le advirtió que la escalera que se había hundido en su regreso, volvía a emerger en toda su prolongada extensión...

Instantes después, su cabeza comenzó a asomar lentamente, mientras Víctor, asustado, no atinaba a abrir sus ojos para observar. La risa de un grupo de jóvenes que transitaba una calle cercana lo impulsó a mirar, encontrándose su vista con el empedrado de la calle Defensa frente a la Iglesia de San Ignacio. Jamás había imaginado que hallarse en el corazón de San Telmo, de madrugada, le iba a dar tanta felicidad como para hacerlo emocionar como un niño. Incorporado de un salto, se acercó a la ventana de una casa desde donde se podía percibir como un tango era la música de fondo de una apasionada pareja. Con miedo a romper el encantamiento, Víctor se dirigió corriendo hasta un puesto de diarios que permanecía abierto en la esquina de la calle Bolívar.

El solo hecho de observar en la tapa del diario "Sur" la fecha del 14 de abril de 1986 junto a la convocatoria a una marcha, para la tarde de ese Viernes Santo, por la solidaridad, la educación y la justicia, encima de una foto del disco nuevo de Serrat, lo hizo abrazar al sorprendido canillita y salir corriendo a los saltos rumbo a la avenida...

Confundido, al despertar casi al mediodía del Viernes Santo en su anhelado dormitorio, luego de un sueño profundo pero entrecortado y habiendo gastado casi todos los pocos australes que tenía en su casa en pagarle al taxista que lo había llevado hasta su hogar, Víctor pensó que tal vez podía intentar telefonar a Mariela y buscar la manera de obtener una nueva oportunidad, descartando la idea de comentar su inverosímil episodio del que no poseía prueba alguna. Recordando que había prometido almorzar con sus sobrinos y que ya no tendría nada para regalarles, Víctor se vistió con rapidez, tomando los escasos billetes que le quedaban y un par de cospeles telefónicos.

Con una sonrisa de par en par frente a su conocido barrio, aspiró el aire fresco de ese día soleado de otoño y se dirigió hacia la calle Dorrego, donde en el cruce con la Avenida Corrientes, se encontraba la zona comercial de Villa Crespo. Justo en el momento en que iba a ingresar a una juguetería donde vendían los muñecos que querían sus sobrinos, observó que en el negocio de enfrente ofrecían libros en liquidación. Decidido, abandonó la tienda de juguetes importados y, luego de cruzar la calle, aceptó complacido la cálida recomendación del librero acerca de comprar un ejemplar de "El Principito" de Antoine De Saint - Exupéry.

Contento, con el libro para sus sobrinos envuelto para regalo incluyendo su esmerada dedicatoria, Víctor se acercó al teléfono público naranja que, luego de ingresarle unos cospeles, le trajo a sus oídos el dulce arrullo de la voz de Mariela. Minutos después de disculparse

sinceramente por su ausencia de la noche anterior y luego de intentar convencerla de que realmente deseaba una nueva oportunidad, ella finalmente accedió, proponiéndole a Víctor salir a pasear ese Viernes Santo a la tarde. Cuando él se encontraba a punto de aceptar la cita, encantado, dudó un instante, en el que toda su pesadilla desfiló a máxima velocidad por su mente, para luego responderle:

—Mejor mañana, para esta tarde ya estoy comprometido...

FIN

**Postfacio:**

Tantos viajes en subte, tanto mirar el túnel por la ventanilla, durante tantos años, tenían que derivar en algo ¿no? Creo que es mi idea más antigua, que tibiamente había asomado en “Estación terminal”. Me estremeció el contraste entre la inocencia superficial del Buenos Aires de los años '80 y un escenario futuro resultante de la decadencia y alienación de los últimos años. Me llevó un poco más de una semana y realicé bastante trabajo de investigación previa en cuanto a la época de los jesuitas y a la construcción de los túneles y laberintos subterráneos de la zona de San Telmo. Hay un pequeño homenaje tácito a Ray Bradbury (Fahrenheit 451) en la escena de la librería con los libros quemados y los discos de piedra que abren la salida al futuro fueron inspirados en un juego de computadoras de principio de los '90 llamado “Indiana Jones & The fate of Atlantis”. Buena parte de este cuento fue escrito alternando una notebook con una computadora de escritorio entre Resistencia (Chaco) y Buenos Aires en la Semana Santa de 2003. Un disco de The Mission como música de fondo, puede ser el complemento de lectura ideal.